

Los intelectuales antidemocráticos frente a lo popular. Argentina, primera mitad del siglo XX.

Olga Echeverría, Doctora en Historia, investigadora de Carrera CONICET y Docente-Investigadora del Departamento de Historia-IEHS/UNICEN, Argentina.

olgaecheverria23@gmail.com

Resumen:

A partir de las transformaciones que vivió la Argentina desde fines del siglo XIX y desde la implantación de la democracia de voto universal masculino en 1912, las élites comenzaron a inquietarse por lo que consideraban un orden desvirtuado y una peligrosa denigración de las jerarquías. En ese contexto, algunos escritores comenzaron a deleitarse con la idea de que eran las “minorías espirituales superiores” las que daban carácter a un pueblo y no las mayorías, por lo que en ellos debía recaer la dirección moral y política, de la nación.

En esa apuesta política, dedicaron muchas páginas a menoscabar la cultural popular. En principio, la descalificación era un argumento para deslegitimar políticamente a los nuevos actores que se iban constituyendo. Pero, era además un elemento identitario que los ayudaba a constituirse como el opuesto positivo de lo excluido.

Los criterios estéticos y los gustos eran la representación práctica de una diferencia natural e inmodificable e implicaba una afirmación de la superioridad de aquellos que no sólo tenían gustos refinados sino que, además, podían satisfacerse con placeres sublimados. La reclamada superioridad de esos criterios tendía a alcanzar la hegemonía de poder, pero a su vez era la expresión de una debilidad.

Palabras claves: intelectuales, autoritarismo, cultura popular

Anti democratic intellectuals over the popular. Argentine in the first half of the XX th. Century.

Summary:

After the transformations that Argentine suffered at the end of the XIX th. Century, and since the implantation of Democracy of masculine universal vote in 1912, the elites started to worried about what they considered a distorted order and a dangerous denigration of hierarchies. In this context, some writers began to enjoy themselves with the idea of being the “spiritual superior minority”, capable to give character to the people and not to the majorities. In order to that, they considered that the moral and political direction of the Nation should be relapsed in them.

In the political gamble, they dedicated several pages to undermine the popular culture. At the beginning, this disqualification was an argument to politically discredit the new actors that were emerging. Also, it was a distinctive element that helped them to build themselves as the positive opposite of the excluded.

The aesthetic criteria and likes were the practical representation of a natural and unmodified difference, which implicated the affirmation of the elites superiority. That implicated both the refined likes and their capability to satisfy their superiority of such criteria. This tended to reach the power’s hegemony, at the time, it was a weakness expression.

Key words: Intellectuals, Authoritarianism, Popular culture.

Introducción

Cuando en 1912 se aprobó la reforma electoral, conocida como Ley Sáenz Peña, que establecía el voto secreto y universal-masculino, la Argentina no había asimilado aun las profundas transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales que se habían producido en las últimas décadas del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX. La incorporación de la economía al sistema capitalista internacional, la cuantiosa inmigración recibida y la organización del Estado eran sólo algunos de los aspectos que daban al país una fisonomía y una estructura claramente diferenciada de las características centrales que había presentado en buena parte del siglo XIX. Si bien, esa nueva realidad había generado euforia y optimismo en las élites dirigentes, al mismo tiempo, algunos de sus intelectuales habían empezado a esbozar perspectivas que miraban con nostalgia el orden y la supuesta serenidad de la etapa previa. Un pasado al que hasta entonces habían denigrado por considerarlo tosco y retrogrado (Losada, 2008:152-153), empezaba a cobrar una dimensión política y social a través de una reconstrucción idealizada y utilitaria que se oponía a un presente considerado confuso, desmoralizado y peligrosamente irrespetuoso de las jerarquías tradicionales. En esta primera instancia, la necesidad de argentinizar a las masas inmigratorias ocupaba buena parte de las reflexiones, de las propuestas y también de las esperanzas de poder revertir ese orden trastornado. De tal modo, la nacionalidad era concebida como una herramienta privilegiada e indispensable para la constitución de una sociedad homogénea y gobernable. Por ello, se apeló a la educación pública, entendida como una necesaria pedagogía cívica (Lionetti, 2007: 79-87) que permitiría consolidar una matriz ideológica homogeneizadora que operó, en principio, en la fundación de

instituciones educativas y planes de estudio, con leyes, mitos y valores para construir una argentina que se pretendía auténtica (Rubione, 1983: prólogo) y que estuviera en capacidad de frenar los incipientes reclamos de una no menos nueva clase trabajadora.

Sin embargo, no se trató de un proyecto de articulación sencilla y expresiones uniformes. Esa complejidad fue, en parte, resultado del encuentro de planteos críticos que apelaban a - y partían de- cuestiones culturales, políticas e ideológicas diversas. Esa confusa pluralidad era, en alguna medida, posible porque el campo cultural latinoamericano y en particular el argentino se expresaban a través de un compuesto de teorías y estéticas donde convivían, por ejemplo, el romanticismo tardío, el vitalismo y el modernismo con concepciones católicas y tradicionalistas (Terán, 2000: 330). Probablemente, el carácter periférico del universo intelectual de la Argentina permitía una ubicación menos restringida a los cánones de una escuela determinada, pero además las urgencias de hacer frente a una realidad dramáticamente cambiante y a la emergencia de nuevos actores sociales y políticos hacía posible que se soslayaran diferencias y matices en pos de construir un discurso – relativamente- homogéneo que estableciera identidades con fuerza de verdad y objetivos políticos viables de alcanzarse.

Lo cierto es que una vez realizadas las primeras elecciones presidenciales bajo la nueva ley (que pondría en el gobierno a un hombre no deseado por la elite¹) y abrevando en fuentes heterogéneas, muchos escritores comenzaron a deleitarse con la idea de que eran las

¹ Hipólito Yrigoyen llegaba a la presidencia como candidato de la Unión Cívica Radical, un partido que desde fines del siglo XIX venía denunciando la corrupción del régimen liberal-conservador. Su propia procedencia social y trayectoria marcaba una ruptura con lo que hasta entonces había sido la élite gobernante. Buena parte del apoyo electoral provino de los sectores medios urbanos y, en menor medida, de pequeños y medianos productores agropecuarios. El proyecto del yrigoyenismo era una articulación de discurso ético con postulados estatistas y reivindicaciones de carácter nacional. (Persello, 2000: 59-71)

minorías espirituales superiores las que daban carácter a un pueblo y no las mayorías, por lo que en ellas debía recaer la dirección moral y política de la nación.

De tal modo, un grupo de letrados de diferentes niveles de reconocimiento y provenientes de experiencias vitales e intelectuales diversas, y deseosos de ocupar espacios de poder, comenzaron a esbozar un ideario denigratorio de la democracia y de las mayorías populares. Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez, monseñor Gustavo Franceschi, los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, entre otros, fueron las figuras centrales de ese laxo movimiento de opinión que tenía pretensiones de dominio. En ese proyecto, sostenían que la democracia implicaba un peligro esencial que, por falta de distinción y de respeto a las jerarquías, era fuente de insatisfacción e impertinencia. Por ello, la definición esquemática un otro opuesto al que le atribuían todas las características del enemigo, los ayudó a construir una identidad que, aunque precaria e inestable, los acercaba y les permitía considerarse parte de un colectivo impreciso pero auto designado portador de “la verdad”. Los unía la certeza de compartir una cosmovisión sobre el presente y el futuro del país y de ellos como actores destacados. El vínculo surgía de una “afinidad ideológica y sentimental”, de una “estructura del sentir” (Williams, 1980: 154-155), que con relaciones internas específicas, entrelazadas y a la vez en tensión, les permitía pensarse como parte de una experiencia social que todavía se hallaba en proceso. Esa articulación primordial la obtenían englobando sus intereses (en el sentido más amplio del término) bajo los abstractos e imprecisos conceptos de nación – nacionalismo, orden y jerarquía que abarcaban proyectos, cosmovisiones y anhelos con los que pretendían organizar la política y la sociedad de manera tal que se reconociera su capacidad de pensamiento y de mando (Echeverría, 2010). Sin embargo, no todos los escritores se vieron necesitados de

reivindicar su carácter de intelectuales para exponer su capital político y, por ende, su facultad para el ejercicio gubernativo.

En algunos casos, como el de Carlos Ibaguren², la democracia había venido a interrumpir una carrera política que, dentro del régimen liberal-conservador, le permitía suponer un posible futuro presidenciable. Por ello, y antes un sueño que se alejaba, reforzó sus esfuerzos por asimilar su propia historia personal y familiar a la del país. Decía expresarse desde las entrañas mismas de la Patria y trazaba de manera casi natural un paralelo entre las etapas de la historia nacional con el devenir glorioso de sus antepasados. En ese sentido, Ibaguren hacía aparecer a su calidad de pensador en una clara subordinación a su carácter de clase, o tal vez sea más preciso decir que para él, la autoridad cultural era un componente "natural" de las élites. En este sentido, no realizó un tratamiento especial sobre lo que significaba ser un intelectual o un pensador, sino que esa era una cualidad más de las muchas que tenía el *patriciado* y no requería de justificaciones o de argumentos que legitimaran ese dominio. Por lo tanto, no había una búsqueda de autonomía política para la élite letrada, ya que la reivindicación de la legitimidad del dominio era para toda su clase. Conforme y orgulloso de su posición social cubrió sus planteos de contenidos morales basados en la dignidad de su linaje. Al tiempo que buena parte de sus críticas a los referentes de la democracia se fundamentaron en la misma lógica, es decir en la falta de un prestigio heredado, arraigado, inserto en la esencia misma de la nacionalidad. Es decir, resulta evidente que en su concepción, pensador o literato, en cierta forma, "se nació", ya

² representante del *patriciado*, jurista, historiador y funcionario destacado del régimen liberal-conservador previo a la instauración de la democracia de voto directo

que este talento era propio de las características culturales de un sector social privilegiado, "*de un sector selecto de refinada expresión intelectual*". (Ibarguren, 1977 (1949): 153)

Bien diferente era la situación y la posición de Leopoldo Lugones³. Proveniente de una familia relativamente acomodada que había perdido sus propiedades con la crisis económica de 1890, estuvo más vinculado a las estructuras del Estado de lo que él mismo parecía dispuesto a admitir (fue Inspector de Enseñanza del Ministerio de Educación, delegado del gobierno de la república a diversos actos oficiales en el país y en el exterior, escribió libros por encargo de las autoridades educativas⁴) desarrolló también una importante actividad literaria que abarcaba obras poéticas, prosas, ciencia ficción, ensayos históricos y políticos y numerosos editoriales en el diario *La Nación* y otras publicaciones periódicas. Estuvo, desde el principio, inserto en el ámbito intelectual no académico, donde participó activamente en los debates que se generaban sobre el lugar, la dimensión y la realidad de la vida cultural y sus corrientes. Abogaba por instaurar una concepción del arte que lo entendía como una esfera autónoma e importantísima de la vida social. Junto a otros intelectuales modernistas asumió y concibió a la literatura como una profesión donde debían estar presentes no sólo el talento, sino también el aprendizaje y la utilización de técnicas específicas.

Para Lugones, la palabra, tenía la importancia de una herramienta de cambio, cargada de significaciones. Es decir, que la propia tarea intelectual, en sus rasgos más específicos, era un instrumento de cambio. El pensamiento y las artes constituían un ámbito con sus propias dimensiones y ritmos que tenía, por su propio mérito e importancia, capacidad

³ Leopoldo Lugones, era sin duda uno de los más prestigiosos escritores de la Argentina y había alcanzado prestigio en el mundo hispanoamericano. Figura polémica, fue el primero en llamar a los militares para poner orden a los excesos de la democracia.

⁴Tal el caso de **El imperio Jesuítico**, 1904, **Historia de Sarmiento**, 1911 y su obra inconclusa sobre Roca.

transformadora. En tanto intelectual, buscaba instalarse por fuera de la sociedad, en la cima de una jerarquía fundada en la autoridad del saber, y no en la religión o sus instituciones, o en la rigurosa estratificación social. Pretendía que se estableciera un nuevo orden jerárquico sostenido por la supremacía de su palabra, de su pensamiento y que lo colocara en un lugar de privilegio.

Convencido de la superioridad y del efecto movilizador de las ideas reivindicaba a todos aquellos que habían concebido al pensamiento como acción, pero reclamando siempre la primacía del saber por sobre la clase y la fortuna. De tal modo, y tanto en sus páginas juveniles como maduras, reclamó con fuerza la instauración de una verdadera e indiscutible superioridad de los artistas y pensadores que pusiera fin al reinado de la barbarie burguesa y la irracionalidad popular y estableciera una nueva y más digna aristocracia, la del espíritu (Lugones, 1897:24-25).

Desencantado con las posibilidades y lugares que le asignaba el sistema liberal (tanto en su cara conservadora como en la versión democrática), que al parecer no superaba al de un burócrata estatal, su propia lucha como intelectual era la de establecer un régimen que le otorgara una posición dominante y no sólo por su carácter de poseedor del capital cultural, sino esencialmente por su capacidad superior de ser guía del destino de la nación.

Por su parte, los escritores católicos, vinculados orgánicamente o no con las jerarquías eclesiásticas⁵, referenciaban todo accionar intelectual al orden sobrenatural. El

⁵ El sector católico había iniciado desde fines del siglo XIX una ofensiva destinada a posicionarse en la sociedad. Ya en el período democrático la batalla los acercaba a los otros sectores de la elite en su preocupación por las transformaciones sociales. Los intelectuales que daban forma al proyecto se dividían entre aquellos que tenían una vinculación orgánica con las estructuras de la Iglesia (siendo alguno de ellos mismos eclesiásticos) con otros que asumían una posición más autónoma, aunque compartiendo los preceptos políticos, sociales y culturales básicos.

pensamiento, tanto como las manifestaciones artísticas, debía ser entendido como resultado de la “inspiración divina”: Sin embargo, eso no implicaba desconocer una función terrenal ya que todo accionar intelectual debía estar al servicio del establecimiento del “*Reinado social de Cristo*”. De tal modo, la actividad cultural, ensamblada en una tradición greco-latina y católica, debía ser instrumento de unión y cohesión, parte integrante de la “*filosofía perenne*”, herramienta de prédica del “*magisterio inapelable de la Iglesia*” (Pico, 1928: 46) y sostenedora del orden social tradicional. Si bien reconocían la creciente incorporación de nuevos actores sociales a las aulas universitarias y al ejercicio del pensamiento, producto de la desnaturalizada política cultural de masas, lo que en verdad contaba y era útil al país era una “*minoría valiosa y refinada*” poseedora de un “*espiritualismo salvador*” (*Criterio*, 1928: 428).

Pero la lucha de los intelectuales católicos no era sólo contra el naciente “proletariado intelectual” sino también contra las vanguardias y todos los escritores no católicos, a los que consideraban “*esclavos del espíritu moderno*”. En cambio, los “hombres de fe” estaban liberados de incertidumbres, hábiles para colaborar con el proyecto temporal tanto como con el espiritual, que era esencial para contener la creciente inmoralidad de la sociedad.

Asimismo, se hacía evidente la necesidad de crear un campo cultural específicamente católico, con sus prácticas, normas, características y temáticas definidas y que desde esa posición pudiera disputar la hegemonía a los otros campos culturales que comenzaban a consolidarse en la Argentina de los años veinte. La Revista *Criterio*, creada en 1928, con explícitos objetivos antidemocráticos (Rapalo, 1990: 51-69), se ofrecía como núcleo de concurrencia y proyección de la intelectualidad católica y un instrumento de

concientización de las clases “superiores” sobre la necesidad de revertir el estado de desborde social. Tratando de avanzar sobre las causas de la amenazadora desintegración de la comunidad, los editores de *Criterio* sostenían que la respuesta se hallaba en la escasa influencia que ejercían sobre las masas. Elitistas al fin, no ambicionaban obtener el reconocimiento de la plebe, pero en tanto, impulsores de un proyecto político la penetración de sus ideas en los diversos sectores sociales se volvía imprescindible y fueron férreos sostenedores de propuestas paternalistas y disciplinantes de los sectores populares. Para ello, las élites debían asumir su compromiso con la restauración del orden perdido.

Manuel Gálvez, novelista católico con una autonomía relativa en relación a la Jerarquía Eclesiástica y con una gran difusión, señalaba que había muchas clases de popularidad y no siempre era necesario contar con la plebe (Gálvez, 1931: 294), pero un buen escritor, moral y con llegada a las mayorías podía cumplir una función de enorme trascendencia. El pensamiento que emergía de Dios, decían las voces del catolicismo, no sólo era necesario, sino que también esperado por las “*almas vacías de las masas*”, y era allí donde cumplían con su sentido, elevando la moral de la población.

El otro grupo intelectual importante de la naciente derecha argentina, fue aquel que se articuló inicialmente en torno a *La Nueva República*, publicación de proyección maurrasiana, creada en 1927, con claros fines destituyentes, ante la inminencia de la segunda asunción presidencial de Yrigoyen. Integrada, entre otros, por los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio, Juan Emiliano Carulla, pensadores más jóvenes que los que conformaban los demás círculos autoritarios, no habían alcanzado a gozar de los beneficios que el orden liberal-conservador otorgaba a los hombres de su clase. Su relación con ese régimen era ambigua y paulatinamente fueron avanzando en sus críticas,

acusándolo de la mediocridad y la mezquindad que llevó al olvido a los objetivos trascendentes de la nación.

La actividad intelectual era eje articulador de sus vidas y sus prácticas. Pero, lo era en tanto actividad subordinada a un propósito mayor y esclarecido como era la implantación de su proyecto político.

Ernesto Palacio, por ejemplo, con su particular combinación de catolicismo y maurrasianismo, presentaba al intelectual como instrumento de Dios, pero esencialmente liberado para diseñar un corpus de pensamiento que fuera sostén y fundamento de una práctica política. Su objetivo, el del intelectual, debía ser el de moralizar, en un sentido de conformar una estructura psicológica a partir de la detección de los problemas de los individuos (y desde allí las cuestiones complejas de la sociedad) y poder ofrecer respuestas transformadoras de la realidad. Según concebía, el intelectual debía trascender, su ámbito interior y salir, a través de sus reflexiones y de sus ideas, al mundo exterior, a la práctica (Palacio, 1939: 85-86). Quien así no obrara estaba traicionando al deber de un intelectual: producir cambios.

La función requerida era infundir una conducta moral que permitiera recuperar la confianza en el porvenir, cumplir un rol pedagógico y aleccionador de la sociedad. El intelectual era concebido como un auxiliar de la política, el generador de un sustrato que hiciera posible las concreciones en el plano del poder. La suya era una apuesta intelectual esencialmente moral y elitista. Palacio, sostenía, que sólo en las clases más cultas y refinadas, en esas fracciones superiores, de la llamada "*aristocracia espiritual*", podía emerger intelectuales capaces de marcar el rumbo.

Para Julio Irazusta, por su parte, la actividad intelectual también era considerada esencialmente en función de la actividad política. Irazusta colocaba a los pensadores como instancia organizativa de la acción política, pero también pensados como árbitros, jueces, del funcionamiento de los gobiernos, de sus praxis, de sus aciertos y errores. Sometidos en la instancia ejecutiva, los intelectuales constituían, en última instancia, un tribunal dictaminador de la sociedad y la política.

El intelectual era entendido como un hombre superiormente dotado, proveniente de un entorno capaz de generar esa supremacía, y por lo tanto era en sí mismo “riqueza”, siempre y cuando escapara al “nihilismo especulativo” (Irazusta, 1978 (1937): 87) y encarará su tarea con “heroísmo”, sobre todo en épocas críticas y revolucionarias. El intelectual así definido y actuante era un “profeta” extraordinario.

Una élite distinguida frente a una masa vulgar y depravada.

Ahora bien, más allá de las particulares percepciones de la función intelectual y de la adscripción más o menos precisa a una clase, resulta evidente que todos estos hombres compartían una consideración elitista de su actividad, de su inserción social tanto como un desprecio sobre las capacidades culturales y políticas de los grupos subalternos. De tal modo, conformaban un “nosotros” distinguido por la dimensión de un pensamiento superior, por una dignidad y honor específicamente delimitado y por la delicadeza y refinamiento de sus actos y apreciaciones. Frente a ese colectivo distinguido aparecía un “ellos” que involucraba a los sectores populares, y en algunos casos a los “diferentes” (mujeres, inmigrantes, especialmente los judíos y los pobres provenientes de los países de

la Europa mediterránea) que merecían ser estigmatizados y repudiados por sus comportamientos vulgares, por ser portadores de una estética errónea y por encarnar valores y prácticas alejadas del buen gusto, del decoro y la decencia.

Como ya se ha señalado, denunciaban sobresaltados la peligrosa irrespetuosidad hacia las jerarquías que crecientemente expresaban los sectores más desfavorecidos de la sociedad argentina. Sostenían que dicha insolencia conllevaba una degradación moral y cultural de toda la colectividad y, en definitiva, un desborde que iba afectar a toda la vida social.

En una primera instancia, expresaron su rechazo al naciente movimiento obrero y a las ideologías y perspectivas políticas que ayudaban a conformarlo. Sin embargo, y al poco andar, se evidenció que no era la organización obrera el único, ni quizás el más importante, peligro que entrañaban los sectores subordinados con reivindicaciones de autonomía –o por lo menos con un mayor independencia de los dictámenes tradicionalmente impuestos por la élites-. En definitiva, paulatinamente coincidieron en la confianza de poder controlar, contener y cooptar a los trabajadores (Di Stefano-Zanatta, 2009: 363; Echeverría, 2009:65-66). Si bien, el triunfo de la Revolución Rusa y su impacto en la conciencia de los trabajadores de todo el mundo y particularmente las importantes huelgas y protestas que desarrollaron los trabajadores argentinos, por ejemplo en 1919 y en 1921, agitaron los ánimos y las preocupaciones, la represión apareció como una herramienta eficaz y tranquilizadora.

Por lo tanto, la sospecha se fue desplazando hacia un grupo más amplio, más heterogéneo y menos definible en términos socio-económicos y por ende menos factible de ser controlado y encauzado. Ese colectivo, que daremos en llamar sectores populares, involucraba tanto a los trabajadores como a los sectores medios. Los discursos de los intelectuales elitistas

estuvieron plenos de diatribas contra las mayorías sociales desde el momento en que esos actores sociales considerados inferiores fueron alcanzando también un rol político y decidieron al ocupante del sillón presidencial (indignación y frustración que se volvió proyecto político cuando Yrigoyen alcanzó su segunda presidencia en 1928, con el 61,67% de los votos). Para ese momento, la mayor virulencia se expresaba en la descalificación de la cultura popular, al tiempo que reivindicaban la legitimidad “natural” de los sectores distinguidos para el mando, para la preeminencia social y para la apreciación de lo cultural. La plebe, como gustaban denominar a las mayorías sociales, evidenciaba una auténtica e innata discapacidad para reconocer, deleitarse y aprovechar los atributos del pensamiento y de toda la alta cultura. Para que escribir, se preguntaba retóricamente Lugones, “*si el soberano no puede leerme. Porque es analfabeto el infeliz*” (Lugones, 1919: prólogo) Esa ignorancia constituía la evidencia más palmaria de que las mayorías no se encontraba en disponibilidad de discernir su propio futuro y mucho menos el de toda la nación. Es decir, era el primer argumento con el que se les negaba legitimidad a cualquier aspiración política y social.

Las inclinaciones y los gustos eran la representación práctica de una diferencia natural e inmodificable. Así como había un “país” –el propio- de poseedores del gusto “legítimo”, existía otro “país”, como decía Julio Irazusta, “*guarango y plebeyo*” (Irazusta, 1928: 2), que no conocía el “*arte de vivir*” y se manifestaba a través de actitudes deshonrosas e insultantes que, por su sola existencia, implicaban una provocación al orden, pero que además tenían el atrevimiento de tratar de fundar nuevos cánones estéticos que contradecían la *verdadera* belleza ensalzando formas repulsivas (Reyes: 1928: 469). Los criterios estéticos y los gustos operaban para estos intelectuales como mecanismos de

identificación y clasificación y, de tal manera, los sectores populares fueron encasillados como el opuesto social y estético, sus comportamientos fueron tipificados y la multitud era sinónimo de masa ofensiva y perjudicial que confundía los valores y se *entregaba apasionada a disfrutes menores*, siempre grotescos y desviados y, por lo tanto peligrosos

Las mayorías sociales eran consideradas como un conjunto impropio y desproporcionado, pero lo suficientemente homogéneo como para ser definido como una muchedumbre inculta, seguidora no de ideas, sino de hombres y susceptible de ser manipulada por la “*prensa populachera*”, los “*literatos inmorales*” y los políticos inescrupulosos (MED, 1928: 49). Se trataba de un grupo inferior que establecía una degradante vinculación con todas las expresiones culturales y sociales y los llamados deportes populares (particularmente el boxeo y el fútbol) eran un ejemplo contundente de esa degradación. Una vinculación enferma, desaforada y salida de los carriles lógicos de la humanidad. Entendían que ello implicaba no sólo una dañina expresión nacionalista, que fincaba el orgullo patrio en victorias deportivas, sino sobre todo en cuestiones estéticas que los lleva a sostener que los incultos olvidaban los “*hermosos tipos de belleza masculina*” y glorificaban la repulsiva “*masa brutal de bíceps monstruosos, de torso vacuno, de brazos de orangután*” según las palabras de Marcelo Reyes publicadas en *Criterio*. Es decir, que el deporte, lejos de ser el “*anhelado tonificador de la raza*” se había convertido en una expresión de desarmonía, de extravío y de celebración del músculo por sobre la inteligencia. En conclusión, todas las expresiones de la plebe eran, en sí mismas y en cada uno de sus actos y modalidades, la negación de lo bello y lo sublime.

Las apreciaciones culturales de los distintos referentes mostraban un patrón similar (sólo matizado por los estilos discursivos) a diferencia de otros aspectos donde la diversidad de

apreciaciones y propuestas mostraba un amplio abanico de perspectivas. Todos los intelectuales se asumían como portadores de la “distinción” y compartían cánones, percepciones, códigos y ámbitos de desarrollo. En este sentido reafirmo la utilidad el concepto “distinción” en la acepción que le ha dado Pierre Bourdieu, es decir, entendiéndolo como una manifestación del discernimiento, pero sobre todo como una disposición estética compleja que establece una relación distante y segura con el mundo y con los otros, pero que al mismo tiempo es una expresión distintiva de una posición privilegiada en el espacio social, cuyo valor distintivo se determina, supuestamente, de manera objetiva en relación con las expresiones engendradas a partir de condiciones diferentes. El gusto, es decir la definición estética, une y separa. Al ser producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones similares, pero distingue de los demás (Bourdieu, 1991: 53).

Los propósitos del rechazo:

La detracción –radicalizada- de la cultura popular tenía, sin duda, un objetivo político y conllevaba la negación de toda posibilidad de que el “pueblo bajo” se convirtiese en sujeto político. Sin embargo, no terminaban allí las razones del encono con que se referían a las expresiones artísticas y culturales de los grupos subalternos. De hecho, cuando la participación política estaba proscripta, las críticas no se acallaron, ni redujeron su carga de violencia. En principio, es necesario recordar que la cuestión del pueblo, de la cultura popular, es casi siempre un discurso pronunciado sobre el pueblo, hacia el pueblo tanto

como hacia otros sectores sociales, por personas instruidas. Por lo tanto, se trata de un discurso que pone a quien lo enuncia en una curiosa situación: habla para evidenciar el alejamiento de un sujeto que su misma palabra ha separado (Bollème, 1990: 66).

En el mismo sentido, vale recordar que la “cultura popular” no se definía en términos culturales sino en términos sociales. De tal modo, no se buscaba conceptualizar a la cultura popular a partir de ciertos contenidos específicos o de la presencia o ausencia de determinados rasgos; el camino consistía, en cambio, en identificar como cultura popular a la que portaban los sectores o grupos sociales definidos como populares, aún cuando las características culturales de tales grupos podían variar y contrastar dentro de un espectro muy amplio. Es decir: la condición de popular era ajena a la cultura misma y se derivaba de la condición de popular que se le asignaba a la comunidad a la que se hacía referencia. (Bonfil Batalla, 1992: 58).

En este análisis no puede desconocerse que la fragmentación de las expresiones y concepciones culturales en una serie de subculturas era un proceso que se estaba produciendo en la Argentina como ya había sucedido en otros espacios del mundo occidental a medida que la modernización avanzaba. Cada ámbito cultural y también los códigos y significantes fueron, paulatinamente, delimitando sus públicos y sus programas y así, poco a poco, dejaron de encontrarse audiencias que traspasaban los muros socio-económicos para ser expresiones exclusivas de las diferentes clases sociales. Es el proceso que Lawrence W. Levine, en su estudio de la trayectoria cultural de la sociedad estadounidense del siglo XIX denomina el paso de la "cultura pública compartida a la cultura bifurcada" (Levine,1988: 208-209) y que implica, por un lado, un proceso de sustracción que asigna a las diferentes prácticas culturales un valor distintivo de acuerdo a

quien fuera el auditorium y, por otro lado, un procedimiento de descalificación-exclusión que expulsa lejos de la cultura sacralizada y canonizada las obras, los objetos y las formas de diversión populares. En ese proceso, las élites comenzaron asimilar cultura popular con cultura industrial y a reivindicar a la propia cultura como "pura" (o purificada) y esencialmente distante de los gustos vulgares, sustraída a las leyes de la producción económica, dirigida por la complicidad estética existente entre los creadores y el público escogido (Chartier, 1994:49). Para Pierre Bourdieu, la constitución de un campo literario definido como un mundo separado y de una posición estética fundada en la autonomía, el desinterés y la absoluta libertad de la creación, estaba directamente ligada al rechazo de las servidumbres de la "literatura industrial", tanto como a las preferencias populares que fueron la causa de su éxito. "Las relaciones que los escritores y los artistas tenían con el mercado, en que la sanción económica podía crear entre ellos disparidades sin precedente, contribuyeron, sin duda, a orientar la representación ambivalente que se hacían del 'gran público', fascinante y despectiva a la vez, dentro del cual confundían al 'burgués', abrumado por las inquietudes vulgares del negocio, y al "pueblo", librado al embrutecimiento de las actividades productivas" (Bourdieu, 1992:89).

Esta cuestión, sin duda interesante, también tuvo presencia en las discusiones del campo cultural argentino y en particular en lo que se podría denominar el campo cultural autoritario ya que algunos de sus nombres (en particular, Manuel Gálvez y Gustavo Martínez Zuviría⁶) fueron escritores de gran divulgación y, por ende, sus obras llegaron a los sectores populares escolarizados. Esa situación, les generó (sobre todo a Gálvez, quien no sólo realizaba planteos moralizantes sobre los pobres sino que también deslizaba críticas

⁶ Gustavo Martínez Zuviría publicó su obra bajo el nombre de Hugo Wast. Se trató de una obra extensa, de escasos atributos, pero impactante por su antisemitismo militantemente agresivo.

a la frivolidad y hedonismo de las clases “superiores”) una cierta desconfianza y una sospecha sobre la calidad de sus libros ya que era una contradicción que pudieran ser leídos –y celebrados- por las mayorías ignorantes

La caracterización y posterior denigración de la cultura popular se había vuelto para los escritores antidemocráticos en un instrumento identitario y legitimador de ellos mismos y sus grupos de pertenencia. La tipificación -y rechazo- de lo que se consideraba bajo, poco fino, vulgar, venal y servil implicaba una afirmación de la superioridad de aquellos quienes podían ser satisfechos con los placeres sublimados, refinados, desinteresados y distinguidos. Ello se debe a que el arte y el consumo cultural están predispuestos para cumplir una función social de legitimación de las diferencias sociales. El gusto es limitante de preferencias, actitudes, ideas y acciones, y, en principio, pertenece a un orden abstracto que conforma criterios y disposiciones. En ese orden se definen las relaciones diferentes e incluso antagónicas con la cultura, según las condiciones en las que se ha adquirido el capital cultural. Este orden es a la vez el principio generador de prácticas objetivamente enclasables y del sistema de enclasmiento de estas prácticas. Y, como Bourdieu advierte, no existe nada más enclasante que las expresiones artísticas consideradas legítimas que permiten la producción de distingos al infinito (Bourdieu, 1991: 169).

La existencia y cristalización de esa otra idiosincrasia no sólo “inferior” socialmente sino también en lo cultural era beneficiosa para los escritores elitistas que, en un período de crisis y transición, necesitaban remarcar su carácter de minoría selecta y superior. Por ello, la censura a las expresiones populares no se enmarcaba en ningún proyecto pedagógico. Si bien algunas estrategias discursivas remarcaban la necesidad de encauzar al “pueblo,

arrancándolo de su “*apasionamiento violento*”, de sus apreciaciones antiestéticas y de su “*rudeza brutal*”, en lo profundo celebraban esa diferencia que era constitutiva de sí mismos. En ese sentido, a diferencia de lo que sucedía con otras perspectivas críticas a la cultura popular, como por ejemplo las provenientes de los espacios socialistas, los intelectuales autoritarios no buscaban “redimir” al pueblo y ofrecerle oportunidades para acceder a una cultura considerada superior, sino que se buscaba estigmatizarlos en ese juicio y derivar de él toda una serie de inhabilitaciones, la ya mencionada invalidación política pero también el desempeño en las aulas universitarias o en cualquier tarea intelectual o artística ya que como señalaba Ibarguren que había “*un núcleo de selección en que perdura el alma y el tipo genuino y generador*” (Ibarguren: 1932: 190) que no podía sustituirse y que siempre haría incapaz a quien no lo poseyera, fuera tanto un presidente, un funcionario o un artista (Ibarguren, 1949: 427). Es decir, se remarcaba el desvalor innato de esa identidad *extraña* que los ayudaba a constituirse y los posicionaba en la diferencia.

Dicho de otro modo, lo que molestaba a los pensadores antidemocráticos no era la existencia de esa cultura “*desviada e indigna*”, sino su visibilidad y su irrupción en ámbitos antes restringidos y selectos. Los atemorizaba que esa ofensiva subalterna transformara a la vieja y propia cultura, ya que buscaba su propia legitimidad o al menos no se sometía a los designios de la alta cultura. Así, los escritores antidemocráticos se lamentaban amargamente que Buenos Aires se hubiera convertido en una ciudad amorfa en su estructura y en su fisonomía. “*Ay Buenos Aires, como te cambian!*”, lloraba un colaborador de *Criterio*, y esa queja se afincaba, sobre todo, en la presencia de una muchedumbre despreciable y poco conocida (para ellos) que se hacía presente en ocasión de las fiestas

patrias y, en los momentos más aciagos, en la asunción de algún presidente, que tenía sus propia música, sus modos de habla y su propia forma de expresar alegría y tristeza.

Lo que resultaba más irritante era tener que compartir –de igual a igual– “sus” espacios con “pajueranos”, tener que tropezarse con “*una fauna desconocida*” de caras tostadas, “*trajes nuevecitos y claros, bastones y guantes color patito*”. Esa multitud invasora era bruta, inculta, de asombro fácil, desmesurada, admiradora de artistas tan denigrados como ellos mismos y había “*caído a Buenos Aires a palpitar una esperanza doméstica y presupuestívara*”. Pero, lo peor era que sin derecho alguno se “*adueñaban de la urbe céntrica*” de tal manera que mientras ellos estaban “*nosotros los porteños nos sentimos un poco fuera de casa*” (*Criterio*, 1928: 78), asediados, como sostenía monseñor Franceschi, hasta en los “*talleres de los lustrabotas*”.

Obviamente, en esa reprobación incluía un fuerte rechazo a los hábitos (idiomáticos, gastronómicos, estéticos, etc.) que los inmigrantes aportaban y que contribuían a transformar la fisonomía cultural de la Argentina con su impronta de “*mamarrachería*” que trastocaba el caudal espiritual del país. Pero, no sólo los hombres pobres que venían de otras tierras eran cuestionados, también las expresiones culturales, como la arrítmica sincopa del jazz que estaba “*infiltrándose*” en buena parte de los argentinos: “*es como si nuestra sensibilidad de hombres civilizados hubiera sido atropellada por lo negroide que nos aturdió en los peores momentos de la música sincopada. Una calamidad que no tiene nombre*” (*Criterio*, 1930: 250). Como resulta evidente, sentían que hasta en cuestiones musicales estaban obligados a ponerse a la defensiva, “*lisa y llanamente por que nos atropellan*” con una música que desde su base rítmica atentaba contra el orden occidental.

En el mismo sentido, un personaje ideal, que Monseñor Franceschi llamaba “*el hombre del tango*” o el “*guarango*”, como prototipo de lo popular, reunía todas las condiciones de esa Argentina impropia y vulgar. Una Argentina que se emocionaba ante la “*repugnante*” música del tango, una expresión “*sentimental y cursi*”, un “*absurdo lloriqueo y temblequeo de la voz*” que sólo podría entusiasmar a “*orilleros que bebían copas de coñac falsificado*”. Franceschi, no dejaba de alarmarse por la difusión que había alcanzado el tango, y la rápida y masiva incorporación que de él había hecho el pueblo con la ayuda de los altoparlantes callejeros que lo difundían día y noche. Pero, no sólo en la vía pública estaba el peligro, sino que la radiofonía llevaba los elementos más perniciosos del llamado “arte contemporáneo” a los hogares, incluso hasta aquellos que tenían alguna dignidad (*Criterio*, 1931: 325) y en ese espacio, los más débiles (mujeres y niños/as) caían seducidos ante la inmoralidad y la imperfección.

Incapacitados de contemplar, *brutos*, sólo se sentían conmovidos por una bajeza que llamaban arte “*degradante en su servilismo a menesteres inferiores: así la música dislocada por la contorsión de danzas canallescás como el tango y el fox, así la literatura con sus descripciones en presente y sus desfiles de metáforas, sendas influencias del cinematógrafo*” (Lugones, 1937: 1), sin discernimiento, atacados por un sentimentalismo superficial, vivían sin moral, vidas de muerte.

Las letras de la música popular eran consideradas muy peligrosas. Por un lado, constituían la demostración más terminante de la indecencia y disipación moral que atravesaba a amplias capas de la Argentina, que relajadas se permitían todo tipo de lujurias y escabrosidades. Pero, al mismo tiempo esas letras estimulaban fantasías obscenas y vidas decadentes que tendrían proyección en el futuro y por varias generaciones. Esas “*páginas nauseabundas*”, monótonas, sin ningún alcance técnico y estético, llenas de ripio y de

frases mal gastadas, expresaban en definitiva una realidad social de hombres denigrados y mujeres enlodadas. El “*héroe de los tangos*” era el héroe de los pobres. Y, según la representación que hacía Franceschi, se trataba de un personaje “*físicamente repulsivo*”: tan sucio material como espiritualmente, con “*aliento a caña barata, melena larga y aceitosa*”. Un tipo humano que carecía en absoluto de la noción de familia, no admitía “*más mujer que la perdida*”, y nunca podía experimentar una emoción pura, un “*arranque noble*”, era un ser cínico, cobarde, tosco y soez en grado máximo: “*en la cabeza lleva una pelambre, pero no un pensamiento*” (Franceschi: 1933, 126).

Como puede advertirse, en las representaciones sobre la cultura popular subyace una tensión que tiene que ver con lo erótico y, como ha señalado George Bataille, el erotismo es una exuberancia de la vida y es, en sí mismo, una declaración de independencia. Toda la operación erótica tiene como principio una destrucción de la estructura, lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas, una disolución de las formas de vida social que fundamentan el orden (Bataille, 2006: 14). Sin duda, el miedo al erotismo, a la libertad y al conocerse a sí mismos de los individuos, cruzaba todas las alocuciones de estos pensadores moralistas y moralizantes que estaban marcados por la crítica al desenfreno (aunque sólo fuera otra forma de hacer y sentir) entendido como capacidad destructora.

Lo cierto es que la irrupción de las masas era un signo evidente de que los viejos mecanismos de subordinación social habían dejado de existir o, al menos, mostraban fuertes debilidades. Las antiguas lealtades, las relaciones personalizadas y jerárquicas desaparecían y eran cada vez más reemplazadas por la imagen de una abstracta subordinación de todos los hombres supuestamente iguales frente al Estado. Pero esto no

era todo. El propio *status* de las clases superiores estaba puesto en duda en una sociedad donde el ascenso social y la desaparición de las antiguas jerarquías tornaban a las diferencias de clase en algo cada vez más borroso.

De tal forma, la movilidad social, por un lado, y, por otro, la difusión de ciertos modos de vida asociados a las expectativas de los sectores medios, como el acceso a una educación formal (incluso, universitaria), ciertas formas de ocio (como el turismo o la práctica de un deporte) comenzaban a borrar los límites de clases. A esto se sumaba la aparición de grupos sociales nuevos vinculados con la complejización de la administración pública y privada: profesionales de alto rango, ejecutivos asalariados (como los gerentes) y los funcionarios más elevados que muy pronto se confundieron en modos y ámbitos de sociabilidad con los empresarios estrictamente burgueses y con los representantes de la llamada “oligarquía” terrateniente. En síntesis, la identidad tradicional había entrado en crisis.

Por lo tanto, las identidades que buscaban crear los intelectuales de la originaria derecha argentina eran una forma de reaseguro y de defensa. Y, por eso mismo, estaban marcadas por una fuerte carga esencialista que hacía referencia a lo innato, lo que determinaba y era inmutable. El narrar quienes eran ellos y quiénes eran los otros era constitutivo mismo de la identidad y de su dinámica, era a partir de su ahora que el pasado cobraba sentido y, como ha señalado Ricoeur, ¿cómo reconocerse a sí mismo cuando se está atravesado por la otredad, que es también decir la temporalidad? (Ricoeur, 1996: 959)

Esta dimensión narrativa que seguía el ritmo de la temporalidad, postulaba un origen, un devenir, figuras protagónicas, sentidos y valoraciones. Y era indispensable reforzar esa

identidad, pues a nadie se le escapaba que una identidad débil (híbrida, cruzada, etc.) se volvía más inviable, sino inoperante, para la lucha política.

Desde esta perspectiva, los criterios y dictámenes de los escritores antidemocráticos eran formas que tendían a alcanzar la hegemonía de poder pero que, al mismo tiempo, expresaban su propia fragilidad en la apelación misma de su iterabilidad (Butler, 1997: 14). Como ya se ha dicho, no buscaban refutar las diferencias, sino basarse en ellas para sostener la exclusión y la desigualdad. Pero, además la “naturalización” de las identidades y la denegación de su carácter político y social no eran sólo una mala lectura, una apreciación que desconocía la historicidad, sino que se trataba básicamente de un proyecto político (Foucault, 1994: 801). Por lo tanto, es necesario atender a las razones subyacentes en la creación de un sujeto ahistórico y universal, porque las propuestas identitarias han tenido -y tienen- un carácter modelizador respecto de las conductas, sentidos de la “vida buena” y a la reproducción del orden social. Así, es posible presuponer que esa construcción identitaria buscaba cristalizar un orden a través de una identidad estética rígida y valorizada en rangos.

A modo de conclusión

La denigración de la llamada cultura popular (desde sus expresiones artísticas a sus comportamientos) fue ganando centralidad en los discursos de los referentes intelectuales de la derecha a medida que ésta se constituía, participaba en el golpe de Estado y también cuando advertía que el derrocamiento de un gobierno democráticamente elegido no terminaba con la insubordinación de los grupos subalternos. Por ello, la inicial preocupación por el izquierdismo, el movimiento obrero y en sus postulados fue siendo

reemplazada por la cimentación de un “otro” que abarcaba a un conjunto más amplio, más amorfo y heterogéneo, al que sin embargo, convertían discursivamente en una identidad cerrada, delimitada, ahistórica y, por lo tanto, más dúctil para la catalogación homogeneizadora y denigradora no sólo desde lo cultural, sino también desde lo social y lo político.

Ese recorrido del anticomunismo a lo antipopular implicaba una modalidad de la lucha política ante la necesidad de encontrar argumentos que deslegitimaran de plano la participación de las mayorías en un período en que las premisas clásicas no alcanzaban y donde el peligro ya no era sólo, ni quizás fundamentalmente, el peligro rojo.

Pero, además, es necesario tener en cuenta que era una derecha que se constituía en una época de transición y donde paradójicamente los golpes de estado eran una demostración de la debilidad para manejar al sistema político y frenar el desarrollo de los partidos populares. La creciente antijerarquía de la sociedad argentina y la inevitable presencia del pueblo, ponían a los sectores más antidemocráticos en una posición defensiva y los obligaba a apelar a todos los argumentos posibles.

Pero, además no puede desconocerse que estos intelectuales desarrollaban su propia batalla dentro del campo cultural argentino⁷ sin poder relajarse en el ámbito más cerrado de la derecha. Dominados dentro de los dominantes, debían demostrar su carácter de élite

⁷ Baste recordar que eran cada vez más las voces cultas que los indicaban como representantes de un pasado destinado a desaparecer. Sólo a manera de ejemplo se puede recordar que un joven, aunque ya sobresaliente, Jorge Luis Borges calificaba a Lugones como el poeta de lo muerto y se burlaba de sus rimas “absurdas”. En *El tamaño de mi esperanza*, de 1926, Borges reseña el *Romancero* con palabras como las que siguen: “Muy casi nadie, muy fangallón, muy riposo, se nos evidencia don Leopoldo Lugones en este libro (...) El pecado de este libro está en el no ser: en el ser casi libro en blanco, moleestamente espolvoreado de lirios, moños, sedas, rosas y fuentes y otras consecuencias vistosas de la jardinería y la sastrería (...) ¡Qué vergüenza para sus fieles, qué humillación!” (Borges, 2008: 105). Y no menos crítico era Oliverio Girondo, escritor vanguardista y proveniente de la más pura élite, que se mofaba de las imposturas de los escritores de su clase y generación y los representaba con galera, monóculo y capa y sin ninguna vitalidad.

superior y sus capitales para el mando. Para ello, apelaron a fundarse en un proceso de mitologización y exclusión que requirió de la constitución de un opuesto que actuaba como un punto de referencia negativo. Es decir, como un "exterior constitutivo" que permitía a los pensadores antidemocráticos erigir su propio mito fundante; el opuesto positivo de lo excluido (Morresi: 2011).

En ese sentido, y si bien el yrigoyenismo fue considerado como un movimiento con propensiones igualitaristas que subvertía el orden (natural, económico, moral, social y político), fue la plebe, ese conjunto social amplio, híbrido y plural constituido en homogéneo por el discurso de los intelectuales elitistas, quien ocupó el lugar de exterior constitutivo. De tal modo, lo popular, que superaba definiciones políticas e ideológicas, y que se enlazaba a la denigración de las jerarquías y en postulados (organizados o no) que buscaban influir en la acción del Estado para legitimar ese orden subvertido, se expresaba – y expresaba su peligrosidad- en una notoria y creciente indisciplina cultural. Evidentemente, el rechazo de lo popular era en sí mismo una impugnación a la democracia en su sentido más vasto, pero también un reaseguro y una certificación de la “superioridad” de quienes ponían en palabras esa impugnación.

Así, lo popular - y su *desenfreno*- fue el rasgo negativo que auto-constituyó y permitió aglutinar a un colectivo laxo y con múltiples tensiones internas (Echeverría: 2009 b), en tanto que el rasgo mítico y positivo se erigió en torno a un supuesto estado de armonía y destino de grandeza nacional que la democracia había trastocado y que sólo los intelectuales podían volver a su cauce natural.

Dicho esto propongo reflexionar si el señalamiento de las diferencias –las cuales siempre han connotado un valor, el interés por volverlas indiscutibles y determinantes, era un modo

rápido y eficiente de organizar jerárquicamente el universo que se construía o pretendía (re)construir. Por lo tanto, la puesta en discurso de la identidad no era algo accesorio sino antes bien su propia puesta en sentido. En la trama discursiva, los sujetos aparecían como tales en la medida que enunciaban sus posiciones y el propio concepto de posición. Y también, consecuentemente, expresaban la necesidad de remarcar la exterioridad, que evocaba una frontera (económica, política, social y cultural pero también moral) y era paralela a la necesidad de reificar a los otros, homogeneizándolos y subsumiéndolos en los atributos de la fealdad y excesos. Se sostenía, con carácter de premisa política, que esa otra identidad era en sí misma una alteración del orden y de la tranquilidad pública. Por eso, la importancia de rechazar la visibilidad, ya que dar visibilidad era, en algún sentido, aceptar, institucionalizar. De tal modo, se construyó un imaginario de ilegitimidad, un supuesto común que debía funcionar como una suerte de reaseguro del tejido social tradicional, ya que el accionar de esa otra identidad se presentaba como una suerte de venganza/amenaza contra el cuerpo social, contra lo mejor, que por razones casi naturales les era inaccesible a quienes lo atacaban. Entonces los vulgares ponían en evidencia lo escandaloso, lo feo, lo oscuro, es decir la contracara de lo bello y lo puro. Una verdad de sí, que debía permanecer oculta, reducida a su área propia y natural, sometida pero sabedora de su carácter marginal e inferior. Si superaba esos límites se trataba de una presencia disruptiva que por eso mismo no podía ser analizada y concebida más que cómo el enemigo.

Los criterios estéticos fueron centrales en la elaboración de normas fundantes de las identidades propias y las atribuidas a los otros. En esas construcciones, los intelectuales de derecha de la primera mitad del siglo XX esbozaron sus identidades y objetivos, señalaron a sus enemigos y organizaron su pasado, su presente y su futuro. Se trataba de un lugar

estratégico en que expresaban conflictos sociales y mecanismos de control de la vida colectiva, plasmaban sus visiones del mundo, creaban modelos de conductas y estilos de vida y daban sus propias combates por la supremacía en un colectivo que no les asignaba el lugar de saber y poder que creían merecer⁸. En este sentido, es importante recordar que las concepciones de sí mismos, de los otros y del mundo es dinámica, plena de historicidad y que su eficacia política dependía –y depende- del grado de reconocimiento social alcanzado. Por eso, los imaginarios sociales que se construyeron expresaban la experiencia de los agentes sociales, pero también sus deseos, sus aspiraciones, sus motivaciones y conflictos. De tal modo, la descalificación estética de los sectores populares era un ariete esencial en la batalla por la hegemonía política que era también, necesariamente, cultural y buscaba imponer una presumida superior capacidad de interpretación de la historia y del entramado social con el propósito de obtener legitimidad para un universo de valores, creencias, normas morales, reglas de conducta y escalafones sociales.

Referencias

a) Bibliografía citada

Bataille, G: (2006) *El erotismo*, Buenos Aires, Tusquets (1 edición 1957)

Bolléme, G. (1990) *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo "popular"*, México, Grijalbo/CNCA.

Bonfil Batalla, G (1992) *Pensar nuestra cultura*. México: Alianza

⁸ Es útil recordar que tras el golpe de Estado de 1930, al que acompañaron entusiastas y con el que contribuyeron con una fuerte campaña desestabilizadora del gobierno democrático casi ninguno de estos escritores fueron tenidos en cuenta, con la sola excepción de Ibarguren que, primo del general Uriburu designado presidente por la asonada militar, fue designado interventor de la provincia de Córdoba.

- Bourdieu, P (1991) *La distinción, Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus
- Bourdieu, P (1992): *Les regles de l'art. Genese et structure du champ littéraire*, París, Editions du Seuil
- Butler, J (1997): “Further reflections on conversations of our time” *Diacritics*, vol 27:1,
- Chartier, R (1994): “Cultura popular, retorno a un concepto historiográfico” en: *Manuscrits: Revista d'història moderna*, 12,
- Di Stefano, R y Zanatta, L (2009): *Historia de la Iglesia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana
- Echeverría, O (2009) “Entre los mandatos familiares y la dinámica social. Carlos Ibarguren y su camino al autoritarismo”, *Entre pasados*, 35
- Echeverría, O (2009 b), *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria ediciones
- Echeverría, O. (2010) .-“Nación y Nacionalismo en los orígenes de la derecha argentina: los casos de Leopoldo Lugones y Carlos Ibarguren”, en *Cuadernos Americanos 133*, UNAM-México
- Foucault, M (1994), “Foucault étudie la raison d’Etat”, en *Dits et écrits Vol III*, París, Gallimard.
- Levine, L (1988): *Highbrow/Lowbrow. The Emergence of Cultural Hierarchy in America*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press
- Lionetti, L. (2007), *La misión política de la escuela pública: la formación del ciudadano de la república (1870-1916)*, Buenos Aires, Miño y Dávila,
- Losada, L (2008): *La Alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI

Morresi, S: "Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)", en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011

Persello, V. (2000): "Los gobiernos radicales: debate institucional y práctica política" en Falcón, R: *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, tomo 6, Buenos Aires, Sudamericana

Rapalo, María Ester (1990) "La Iglesia Católica Argentina y el autoritarismo político: La Revista Criterio" en *Anuario IEHS V*

Ricoeur, P (1996): *Tiempo y Narración*, vol. III, Siglo XXI, Madrid.

Rubione, A (1983) *En torno al criollismo. Textos y polémica*, Buenos Aires, CEAL

Terán, O: (2000) "El pensamiento finisecular, 1880-1916" en Lobato. M (comp.). *El progreso, la modernización y sus límites*, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana

Williams, R (1980): *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península,

b) Fuentes citadas

"Fuera de casa", en *Criterio* 33, 18 de octubre de 1928

Borges, J.L. (2008) *El tamaño de mi esperanza*, España, Alianza. (Edición original de 1926)

Criterio 170, 4 de junio de 1931

Franceschi, Gustavo: "El hombre del tango", en **Criterio** 258, 9 de febrero de 1933,

Ibarguren, Carlos (1932) *En la penumbra de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Librería y editorial La Facultad.

Ibarguren, Carlos (1977): *La Historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio (escrito en 1949)

Irazusta, Julio (1978) *Actores y espectadores*, Buenos Aires, Dictio (primera edición 1937)

Irazusta, Julio: “El obrerismo de Yrigoyen”, *La Nueva República*, 19, 23 de junio de 1928

Lugones, Leopoldo (1897) “Los apóstoles de la Nueva Era”, *La Montaña*

Lugones, Leopoldo (1919): *La Torre de Casandra*, Buenos Aires, Atlántida

Lugones, Leopoldo (1937) “El escritor ante el deber”, *La Nación*

M.E.D.: “La masa no sigue ideas sino hombres” en *Criterio* 2, 15 de marzo de 1928, p. 49.

Palacio, Ernesto (1939): *La Historia falsificada*, Buenos Aires, Difusión.

Reyes, Marcelo: “El deporte como finalidad cultural y estética” en *Criterio* 15, 14 de junio de 1928

S/A A la defensiva” en **Criterio** 103, 20 de febrero de 1930